



Le sexe du savoir por Michéle Le Doeuff. París : Aubier, 1998

Autor:

Labado, Silvia N.

Revista

Mora

2001, N° 7, pp. 167-169



Reseña



LE DOEUFF, Michèle,
Le sexe du savoir, Paris,
Aubier ("Alto"), 1998,
378 págs.



En *Le sexe du savoir*, Michèle Le Doeuff plantea, como uno de sus objetivos, la revisión del concepto de *saber*; la pertinencia de este proyecto resulta comprensible en vista de que, para la autora, *aquellos que tienen estatuto de saber pueden revelarse constituido por creencias, mitos y pavorosas imposturas* (pág. 9). De ahí que, si se aspira a que la transmisión de saberes sea uno de los medios para establecer la igualdad de género, haya que verificar que no se esté produciendo *una credulidad igual de mujeres y hombres frente a lo que pueden ser aberraciones incalificables* (Ibidem).

Según Le Doeuff, la relación entre sexo y saber está inscrita en el imaginario colectivo a través de mitos y éstos, lejos de cualquier moderación, se revelan como profundamente sexistas. Dentro de esta lógica debería entenderse, por ejemplo, la relación entre el número creciente de científicas y la nunca olvidada pretensión de que existe un "problema" entre mujeres y saber. Puesto que cualquier forma de trabajo intelectual comporta un imaginario, es necesario oponer a estas ideas propulsoras de la marginación de las mujeres un sistema de representa-

ciones que garantiza una recíproca cordialidad. Hay que entender como parte de este proyecto el cuestionamiento que Le Doeuff realiza, a lo largo de todo el libro, de la relación entre mujer y saber; para llevarlo a cabo, no sólo se interroga acerca de cada uno de los términos que la componen sino también de los vínculos que en ella se establecen. Por un lado, resulta imprescindible desmitificar el saber; por el otro, también hay que alejarse de cualquier afirmación demasiado certera de lo *femenino*. De acuerdo con Le Doeuff, quien introduce aquí su polémica con las feministas de la diferencia [*feministas différentielistes*], el concepto de *feminidad* es cómplice de imágenes de exclusión y permite que las mujeres se conviertan fácilmente en objetos de discurso; frente a esto, y en consonancia con ciertas sociólogas feministas, definiendo la creación de un objeto constituido por las relaciones sociales entre los sexos. Contra la defensa de un espacio de lo *femenino*, se afirma la necesidad de crear los medios para un acceso igualitario de las mujeres a los ámbitos que tradicionalmente han sido patrimonio de los hombres y la conveniencia del desmantelamiento de imágenes y atribuciones asociadas históricamente con ellas, para que *puedan ser dife-*

rentes de lo que son o adquirir otros talentos (pág. 42).

La primera parte del libro, *Désbérences*, alude ya desde su título a uno de estas mistificaciones en torno al saber que mencionábamos antes. En efecto, en la desigual distribución epistemológica, toca a las mujeres recibir los conceptos, ideas e imágenes desvalorizadas; el contenido de éstas puede variar, pero la ecuación entre mujeres y negatividad se mantiene. La autora destaca la actualidad de este planteo: por un lado, muchos trabajos que polemizan con estas valoraciones heredadas y actuales son excluidos del ámbito científico y considerados como "políticos"; por otro, las feministas de la diferencia -con quienes establece una polémica constante- encuentran una mejor inserción académica porque, apropiándose de esta herencia simbólica, hacen "de la necesidad virtud". Para Le Doeuff, no obstante, la crítica del feminismo de *segunda ola* debe ser acompañada por un proyecto positivo: un feminismo opuesto al anterior que proponga "el conocimiento de los mecanismos de desigualdad y una comprensión de las ideas y esquemas de acción de aquellas mujeres que han inventado modos de resistencia" (pág. 309). Mary Wollstonecraft, Harriet Taylor, Gabrielle Suchon y Simone

de Beauvoir son parte de esta tradición que aporta *modos de resistencia* y que resulta indispensable para que este feminismo de *tercera ola* pueda instalar ese deseable saber *para sí*.

Uno de los modos en que Le Doeuff concretará este proyecto a lo largo de su libro será el análisis de diversas pensadoras. Destaca, por ejemplo, el concepto de conciencia legisladora [*conscience législatrice*] que formula Gabrielle Suchon: de acuerdo con esta última, es comprensible que las mujeres acompañen su desarrollo intelectual con una reflexión acerca de lo sociopolítico, de modo tal que la creatividad respecto de las leyes y de las costumbres se difunda y se manifieste en un debate público. Frente a modos unívocos de poder, la autora destaca la productividad del criterio de la filósofa del siglo xvii, que aspira a una reparadora dispersión. También resultan atendibles las propuestas de Christine de Pisan, para quien, en el trabajo de la razón, entra también lo imaginario. Le Doeuff resalta el valor de que ya en el Renacimiento se formule esta alternativa a la oposición entre un sujeto que se atribuye la razón y otros -entre los cuales se encuentran las mujeres- que quedan del lado del mito y la ignorancia; para ella, también Christine de Pisan for-

ma parte, entonces, de ese patrimonio -por lo general olvidado- que permitiría a la *tercera ola* feminista clarificar el presente. Esta apropiación del pasado se vuelve inevitable en un tiempo como el actual, que obliga a que la discusión en torno a la noción de saber y los saberes constituidos en general deba enfrentar permanentes obstáculos. Por ejemplo, ciertos trabajos calificados positivamente dentro de los ámbitos del conocimiento resultan insatisfactorios por el empleo de un marco cognitivo inapropiado [*cadre cognitif inapproprié*], es decir, de una concepción *a priori* del objeto que "conduce a separar los hechos contradictorios con el punto de vista sostenido o a disminuir la pertinencia histórica de fuentes incluso masculinas" (pág. 144). Esta distorsión es tan común en el trabajo de muchos "hombres de ciencia" que habría que pensar, en realidad, en un fenómeno de acognición masculinista [*acognition masculiniste*], como inconveniente suplementario, la revisión de estos supuestos debe tener en cuenta que más allá de la evidente contradicción que se haya establecido gracias a este fenómeno de acognición, entre hecho y teoría, esta última disfruta de la garantía de triunfo que le da el haber sido elaborada por un *monsieur célèbre*.

Con respecto a esta cuestión, uno de los ejemplos de Le Doeuff se centra en cierta lectura crítica de la obra de Jane Austen: resultado controvertido que un estudioso postule -a propósito de Fanny, de *Mansfield Park*- que nadie podría *enamorzarse de ella*, lo que este juicio manifiesta, en verdad, es una profunda impregnación de imágenes adquiridas, de modelos sociales acriticamente incorporados. Sin embargo, hay que agregar todavía más: en el ámbito de creación y transmisión de saberes acerca de lo literario, muchas de estas lecturas circulan como hegemónicas y llegan incluso a obliterar el texto que les dio origen. Todos estos obstáculos epistemológicos se convierten -como hemos visto- en punto de partida para la disputa en torno a lo que debe tener, finalmente, estatuto de saber: para la autora, el *reconocimiento*, posible únicamente a través de un marco cognitivo apropiado, es el primer paso en la construcción de cualquier *conocimiento* válido.

Le Doeuff no encubre el interés que suscitan en ella pensadoras feministas que, como Mary Wollstonecraft y Simone de Beauvoir, actuaron fuera de un marco institucional. Coherente con esto es la mirada escrutadora y sospechosa que lanza sobre cualquier forma hegemónica de sa-

ber o, para decirlo con sus palabras, de *no saber*. Estas distorsiones están en consonancia con una forma de *praxis* cotidiana que abunda en imágenes y prácticas de exclusión; de aquí surge, entonces, el gran desafío de su libro: la propuesta de un modelo crítico respecto de la noción de saber que sería impensable, además, sin tomar en consideración los aportes de las mujeres del pasado y las necesidades de las mujeres del presente y del futuro.

Silvia N. Labado

